



DANIEL COHN-BENDIT, ENTRE LOS MANIFESTANTES DE FRANCFORT.

## COHN-BENDIT CONTRA SEDAH SENGHOR. De la negritud a la francofonia

Leopold Sedah Senghor fue a Francfort a recibir un «Premio de la Paz» que conceden los editores y libreros de la Alemania del Oeste con ocasión de su Feria en Francfort, y se encontró con un asalto de los estudiantes alemanes que llegaron a arrancar el banderín presidencial de su automóvil y curcaron la catedral de San Pablo donde se celebraba la ceremonia. Dentro de la misma feria, los estudiantes encontraron solidaridad; veinte casetas de librerías se cerraron para protestar contra la actuación de la policía, y publicaron un comunicado diciendo que se debía permitir «juzgar de su resolución de manera crítica por medio de manifestaciones». Las acusaciones contra Senghor son las de «fascismo»: hizo intervenir a las tropas francesas con base en el Senegal para reprimir unas huelgas y mantiene cerradas por un año las Universidades del país, donde ha habido también manifestaciones juveniles. Leopold Sedah Senghor, como muchos dirigentes africanos, es fruto de una contradicción. Es creador, desde 1955, del término «negritud», que debe significar la originalidad del hombre y la cultura negra, resulta ser el mismo un producto de la asimilación: ha pasado de la «negritud» a la «francofonia» o proyecto de unión de países colonizados por Francia que conservan la lengua francesa, que muchos africanos consideran como un neocolonialismo. Senghor sostiene el país en las estructuras aparenciales de la democracia occidental, pero lo hace con mano muy dura. El intento de golpe de estado que dio su antiguo presidente del consejo, Mahamadú Dia, fue castigado con la prisión perpetua. Abdou Faver fue fusilado en febrero por haber intentado asesinar a un diputado. Senghor ha prorrogado por decreto sus fun-

ciones y las de la Cámara de Diputados hasta fines de este año, apartando así unas elecciones que preveía adversas. Políticamente, Senghor se dice socialista, y fue miembro del partido socialista francés y dos veces ministro en Francia antes de la independencia de su país. Sus ideas actuales, como consecuencia de la ruptura personal de su pensamiento entre África y Occidente, son más bien confusas. Ha querido realizar un experimento económico, ayudado por el R. P. Lebrét, inspirado en el «humanismo cristiano» y en las ideas del Padre Teilhard de Chardin, antropólogo y teólogo discutido, que probablemente nunca pudo pensar que de lo que expuso en sus libros podría salir una doctrina económica para el Senegal. Las dificultades económicas del país, que eran ya considerables, se han entenebrecido más a partir de ese momento, y han traído como consecuencia las dificultades políticas y sociales contra las que ahora lucha como puede el presidente poeta abuchado en Francfort. Los estudiantes alemanes solamente parecieron estar de acuerdo con que el premio se concediese a un negro. Piensan en otorgárselo ellos, en forma de «contrapremio», y tienen dos candidatos; el dirigente revolucionario norteamericano Stockely Carmichael («el poder negro») o, a título póstumo, a Lumumba, asesinado en el Congo. Entre los estudiantes detenidos, Daniel Cohn-Bendit, que fue el agitador máximo de las jornadas de mayo en París. Su cabellera roja fue el centro de atracción de la policía de Francfort y, al mismo tiempo, de las cámaras de televisión que estaban presentes. Esta doble coincidencia ha producido numerosas protestas acerca de la forma poco suave en que se efectuó la detención de Cohn-Bendit.

## NO HABRA REUNION MUNDIAL DE PARTIDOS COMUNISTAS

Fuerte oposición en Occidente

Los partidos comunistas de Francia y de Italia, que son los más fuertes del mundo occidental, sumándose a otros menores, han dirigido una carta al Partido Comunista de la URSS comunicándole su oposición a la convocatoria de una reunión de partidos comunistas mundiales que debía celebrarse en Moscú. Tratan con ello de

evitar una ruptura posible, como consecuencia de las divergencias de puntos de vista sobre el caso checoslovaco, en el que los partidos comunistas europeos han expresado con rapidez y con energía su oposición a la entrada en acción de las tropas del Pacto de Varsovia. La reunión daría lugar sin duda no solamente a la dis-

## UNA IMAGEN QUE SE DISUELVE

Norteamérica, al ritmo del "folk-song"

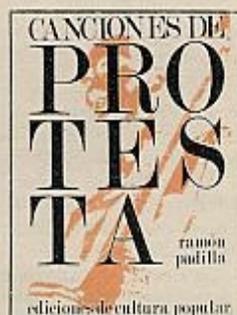
América —Norteamérica— ha recibido, tal vez por su papel protagonista en toda una etapa de la historia occidental, valoraciones maniqueas: se la ha visto como encarnación del mal y al mismo tiempo como depositaria de las categorías éticas de la civilización greco-romana; guardiana de las libertades fundamentales y último refugio de las defensas de un mundo condenado a perecer. En ocasiones, del maniqueísmo se pasa a la simplificación: América será, para D'Astier, algo así como el reducto postero del fascismo, y André Malraux le replicará que es el único país en que la burguesía alcanzó un éxito pleno. Huyendo de interpretaciones monolíticas, Pablo Neruda, en el momento más difícil de su carrera poética, nos proporciona, en uno de los mejores poemas de su «Canto General» —«Que despierte el leñador»— una imagen de la América popular, la del «farmer», la lavandera, el negro, el intelectual, en coexistencia con la América del «soldado» la de la «doctrina Truman» —el primer McCarthy no había aparecido en la escena todavía— a la que desafía con su verbo apasionado.

El maniqueísmo que informa los juicios actuales proviene de la guerra fría y de la competencia pacífica. No por un designio emanado del destino, sino por su poderosa concentración industrial, financiera y militar, América asume el papel de árbitro, de conductor de un mundo cruzado de tensiones. Se escudan tras su fuerza los defensores del orden tradicional; se enfrentan a su arrogancia cuantos se imaginan o exigen una sociedad diferente.

Quien la ve todopoderosa, líder definitivo, factor histórico decisivo, se olvida de sus debilidades radicales. Quien la ve decadente, en declive inmediato, margina en su consideración la potencia coyuntural de la estrategia norteamericana.

Como toda sociedad, la americana está conformada contradictoriamente; del resultado de esas contradicciones que la desgarran saldrá la base de su porvenir. Las propagandas eclipsan esta perogrullesca realidad.

En nuestro ambiente, las apologías predominan sobre los profetismos catastrofistas. Prevalece la imagen de la América joven, pujante, la América de la «prosperidad». La memoria, débil, no distorsiona esta imagen. La América de Upton Sinclair y Jack London, del primer Dos Passos y de Erskine Caldwell —la del «Viernes Negro» y la «Gran Depresión», la de los trabajadores muertos en el «Memorial Day» y la de Sacco y Vanzetti— se retira en el recuerdo frente a la ofensiva triunfalista de las películas de Hollywood y de la presencia mundial de las fuerzas militares yanquis. La América de hoy, reconvertida por el neocapitalismo rooseveltiano del «new deal» en un sistema integrado, al que dio paso el famoso convenio colectivo de la US-Steel, recupera, sin embargo, ya en la pendiente de los años sesenta, su inicial fermentación. Pero ahora tiene otro signo: los conflictos clasistas han



saltado a un nuevo nivel. Los negros, los estudiantes, los muchedumbres movilizadas por la sangría del Vietnam, avanzan un paso hacia la vanguardia histórica. Los periódicos reproducen la cifra más sumaria de esta transformación; dos libros recientes la glosan, la analizan, la justifican, exploran sus raíces: «Los Estados Unidos ante la revolución mundial», de Horowitz, y la espléndida obra de un español, Ramón Padilla, «Canciones de protesta» (ambas en «Ediciones de Cultura Popular»).

Ramón Padilla, que no hace mucho tiempo desarrolló en esta revista, con mayor brevedad, la misma temática de su libro, estudia la honda significación política del fenómeno denominado «canción protesta». Este fenómeno no puede reducirse, el autor lo observa con claridad, a un puro hecho cultural: hay que inscribirlo en la dinámica que conmueve hoy el aparentemente sólido edificio social americano. No es un lamento, no responde a una reacción sentimental, no expresa sólo una queja; es un arma de combate; es un término definido con precisión en uno de los conflictos esenciales que desgarran la entraña social yanqui. Tanto en su análisis como en sus semblanzas, Padilla muestra la conciencia que preside y orienta la canción «comprometida» del pueblo norteamericano. Pero el mayor acierto del autor reside, sin duda, en haber sabido discriminar la corriente engañosa de la canción inconformista —contra la prohibición de las drogas, la minifalda o la puesta en tela de juicio de la institución matrimonial— que no es más que un conformismo al revés, porque la sociedad acaba siempre por devorarla e integrarla, de la auténtica corriente protestataria que recoge el profundo clamor nacional contra las empresas imperiales, contra el racismo, contra la injusticia.

América está en plena fermentación. Su realidad social no puede ser interpretada, ni siquiera descrita, si omitimos las contradicciones que se incuban en su seno, si desechamos los conflictos, por mínimos que parezcan, que anidan en su mismo corazón, que germinan en su propia raíz. Como se dice en una de las canciones citadas por Padilla: «...se está preparando la gran riada, y se oye un ruido amenazador por todo el país».

Al borde de los años setenta, cierta imagen de América se disuelve al ritmo del «folk-song». ■ EDUARDO G. RICO.